

CAPÍTULO IV

Ruinas de Santo Domingo. — Santa Eulalia. — San Francisco. — San Miguel,
San Nicolás

EL viajero, que de la Catedral se dirija á Santa Eulalia por la plaza de las *Corts*, antes de llegar á ésta encontrará un vasto espacio de terreno sembrado de escombros. Si la fama de Santo Domingo también á él le ponderó la belleza de la antigua fábrica, párese é intérnese por aquellos montones de piedras despedazadas, y al dar con alguna clave de bóveda, ó al pisar el cuartelado escudo de una losa funeraria, largo rato vacilará entre la indignación y la sorpresa, porque ninguna consideración vendrá á excusar ó á explicar siquiera el derribo de tal edificio en Mallorca.

La zapa de la revolución ha destruído en el continente español monumentos famosos; el santuario retumbó con las voces de una plebe enfurecida, y el delirio espantoso de la impiedad y

de la revuelta puso en sus manos la tea incendiaria. Mientras en algunas capitales las llamas devoraban las casas de Dios, en los campos, teatro de la guerra, los más feroces de los combatientes borraban para siempre del suelo catalán los monasterios, que á la vez eran monumentos del arte y de la historia. Fué aquel un sacrilegio horrendo, y la religión todavía llora esa profanación que abrió en su seno una herida cruel y profunda; y pues en la balanza de los juicios divinos nada pesan la razón de estado ni el fanatismo de los partidos, ¡ay de los que causaron el sacrilegio! ¡ay de quienes lo cometieron! Mas, si á los ojos de la imperfección humana el concurso de las circunstancias y los accidentes rebajan algo de su fealdad al crimen, no es extraño que abramos el corazón á la lástima, ni que lamentemos compasivos el extravío de los que en el tumulto de las pasiones ó ciegos de fanatismo se lanzaron á ejecutarlo. Los edificios religiosos fueron atacados por la muchedumbre amotinada, y los altos chapiteles, las bóvedas sagradas se desplomaron al resplandor y al chasquido del incendio, al són de las descargas y al alarido de los combatientes: por esto si algún edificio, después de resistir á la furia popular ó del elemento, sucumbió á un *decreto de demolición*, fué mayor el escándalo, y mayor el sentimiento de cuantos estiman los monumentos del saber y magnificencia de nuestros antepasados. Pero en Mallorca, separada del movimiento y vaivenes de la guerra que agitaban la España, viva y pura é íntegra la llama de la fe en casi todos sus habitantes, no alterados los ánimos por esos odios que tanto han costado á la patria, gozando de una paz profunda y de largo tiempo no interrumpida, sencillas, pacíficas y no estragadas las costumbres, próspera su agricultura, ya expulsados los religiosos y cerrados sus conventos; nada disculpa la demolición de Santo Domingo, antes se acrece la enormidad del crimen cuanto menor fué el número de sus ejecutores (a).

(a) Llevóse á cabo el derribo en los meses primeros de 1837, con tal pris*

La revuelta pasó sobre los santuarios del continente con la tea incendiaria en la mano, ebria y ciega, y como un huracán derribó lo que pudo; mas no todas las bóvedas vinieron al suelo á su ímpetu: algunos santuarios aún quedaron en pie, y los que más sufrieron todavía elevaron á lo alto arcadas solitarias, truncadas naves y agujas pintorescas. La mano del hombre, más desapiadada que el furor de la revuelta, atacó á los edificios con plan fijo, con todos los medios de destrucción, obligándose por contrata á no perdonar cuanto el fuego había respetado. No es extraño que ni una arcada, ni un pilar, ni una base en pie dén al viajero en Palma una muestra de lo que fué Santo Domingo; y al ver aquel destrozo horrible, dijérase que el poder del infierno acrecentó la fuerza de los instrumentos que derribaron el edificio: caso notable que una rabia igual haya nivelado el terreno que ocuparon los dos mejores conventos que la religión dominicana tuvo en la antigua corona aragonesa,—el de Palma y el de Barcelona! En éste, la memoria de su ignorado autor acabó con la ruina del edificio; mas la certidumbre de que el grande artífice *Jaime Fabre ó Fabra* (1) erigió á fines del siglo XIII

que llegó ya tarde, ó así al menos se supuso, la real orden de suspensión expedida el 18 de Febrero. Más de diez ó doce años duró el lastimoso espectáculo que ofrecía aquella *mancha de la ciudad, campo de huesos frio, ó llanos asolados* de donde acababan de *levantar su tienda los vándalos*, como la calificó en mis *Ruinas*. Ahora no es ya *mancha*, pero tampoco es *belleza* que consuele del monumento. Mezquinas pasiones más que intereses, y mezquinos instrumentos que ni aun para castigo merecen ser mentados, cargaron de tal oprobio á Mallorca.

En vano busca un nombre
que condenar la historia;
no halla siquiera un hombre
que cargue con tal gloria;
y sólo en piedra fúnebre
la fecha grabará.

(1) Este insigne arquitecto en 1317 hubo de interrumpir sus trabajos de Santo Domingo, llamado á Barcelona por el rey y por el obispo de aquella ciudad á dirigir la obra de la catedral, cuyo bellissimo presbiterio y tal vez el plan general á él son debidos. Véase el primer tomo de *Cataluña*, págs. 327 y 332 de la edición presente. Quien desee leer la escritura con que *Fabre* se obligó á volver á Palma á continuar las obras de Santo Domingo, vea á JOVELLANOS en sus notas á la memoria sobre aquel convento.

y casi mediados del XIV el de Mallorca, hará más sensible su pérdida, condenando á la inmortalidad al arquitecto cuando para siempre se ha perdido la obra á que la debía (a). La pluma de Jovellanos trazó una descripción de la fábrica, y la viveza de sus rasgos ya sólo sirve para avivar el deseo de contemplar aquellos claustros, aquella ingeniosa portería, y aquella vasta nave, raro ejemplo de ligereza, osadía y elegancia (b). Hasta los acci-

(a) Consta que la fábrica del magnífico templo, al cual desde la fundación del convento en 1231 había precedido uno provisional, duró de 1296 á 1359, por las dos siguientes notas continuadas en el libro de profesiones de religiosos: *Anno Dom. MCCXCVI feria III.ª tempora que fuit XV kls. oct. scilicet in die Sci. Lamberti, edificata est ecclesia nova fratrum Predicatorum Majoricarum.—Anno Dni. MCCCLIX et XIII die mensis aprilis sabbato ante dominicam in Ramis palmarum, fuit predicta ecclesia nova fratrum Predicator. completa atque perfecta.* La obra del coro se empezó en 1376 á 8 de Agosto, mas no parece referirse al grandioso arco tendido en alto á los pies de la iglesia, sino á los asientos corridos que en medio de ella había, lo mismo que en la de San Francisco, según estas palabras: *Die vero martis XVIII die julii anno Dom. MCCCLXXX fuit positus primus lapis fundamenti dicti chori in parte dextera,* y añade que lo fundó y pagó el honorable Pedro Sa-fortesa. Léese además en dicho libro: *Fonch comensada la capella de la Verge Maria del Roser any MCCCCLXXX, fonch acabada any MDXVIII; ha stat en ferse trenta set anys.—En l'any MDLII se feren los bancals de pedra del altar major... lo mestre qui feu dits pedrissos se diu mestre Gabriel Vinyes fuster de la casa.—Lo pou se feu en l'any MDL... en lo qual temps se plantá las claustras de terongers.*

(b) Y añadiré de augusta majestad, en lo cual como en la limpieza de toda adulteración y blanqueo se aventajaba á la de San Francisco, sin que el retablo mayor aunque barroco desluciese el espacioso presbiterio, tal era la grandeza de sus cinco cuerpos, el principal de los cuales no constaba de menos de siete nichos. Subíase al templo por una escalinata, la mitad fuera y la mitad dentro de la fachada, puesta en el centro del paredón que divide ahora la cuesta del *Conquistador* de la de *Santo Domingo*, y era lo único artístico que ostentaba el exterior del edificio, bocelada profusamente y con elegante frontón triangular sobre un fondo de triple arquería resaltada, tal como nos la conserva un diseño en el tomo III de la moderna edición de la *Historia general de Mallorca*. Los gruesos arcos y cuadrados pilares del claustro principal no respiraban sino gravedad y robustez: la gentileza del arte ojival se guardó para la portería y otras dos estancias bajas (sala capitular y refectorio) situadas en línea hacia la calle hoy titulada de *Palacio*, todas ellas de esbeltísimas bóvedas, que en la primera pieza venían á estribar con caprichoso atrevimiento en un bocelado pilar, basado en la taza de un surtidor, que á su vez sostenían doce cortos pilarecicos, cual representa en la edición primitiva de 1842 una lámina que ya no pudo ser sacada del natural sino trazada de memoria. Cruzábanse dichas piezas para llegar al claustro menor, que Jovellanos creyó coetáneo á la obra de la iglesia, recordando por fortuna, pues no queda ya quien se acuerde, que las columnas aisladas, sobre que cargaban sus arcos punteados, eran elíptico-octógonoas. De lo antiguo, copioso y rico de la biblioteca depone el catálogo, unido en 1485 al inventario de las alhajas y ropas de la sacris-

dentés del lugar contribuyen á llenar de amargura el corazón de quien contempla esos escombros; pues como si la catedral quisiese acusar la barbarie impía de los que destruyeron la gentileza del edificio, en frente hace alarde de uno de los conjuntos más pintorescos y sublimes. Por encima de las agrupadas casas álzase grandiosa y fuerte la torre cuadrada de campanas, cuyo ventanaje macizo ábrese en tres pisos sobre la cornisa—barbacana del primer cuerpo. Hacia la izquierda aparécense los grandes estribos de las naves, y sobre algunas palmeras destácanse ligerísimas las torrecillas laterales y la parte superior del frontis gigantesco. Los merloncillos dan á las torres semejanza de minaretes, y las graciosas palmas, que en el huerto de los Dominicos columpian sus ramos, completan aquel aspecto oriental y profundamente místico (a). La palma es un vivo recuerdo del Oriente: en medio de los arenales del desierto ó de los peñascos calcinados, á la sombra escasa del palmar descansó y limpióse el sudor el santo varón, á quien la fe llamaba á orar en los lugares santificados por la huella de Jesucristo; en la oscura fuentecilla, que brotando al pie de las palmeras les comunicaba humedad vivificadora, apagaban su sed y refrescaban el rostro encendido así el que cumplía un voto espontáneo, como el feliz penitente que en la antigua Jerusalén debía encontrar la expiación de un crimen; y ¡cuántas veces desde lejos saludó sus ramas el guerrero de la cruz, que al descubrirlas avivó el paso de su corcel, y olvidó las aguas fecundas de sus buenas tierras de Europa! Así la palma fué para el cristiano símbolo de peregrinación é imagen del país donde se consumó el acto de amor divino que redimió á los hombres; y de ella la piadosa antigüe-

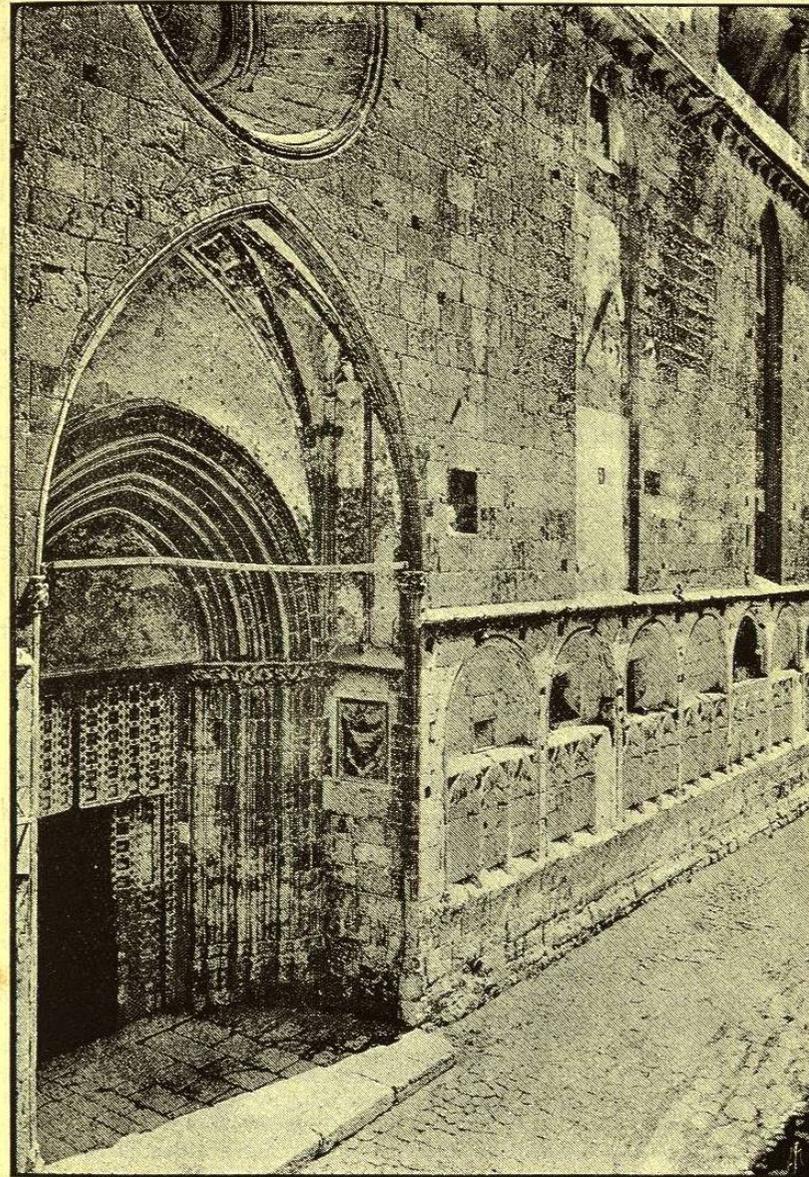
tía y de los libros de coro, que con otros curiosos manuscritos de la casa hoy pára en el Archivo general del reino, citando con el nombre del autor y con las primeras palabras de cada obra hasta 251 volúmenes, ninguno impreso al parecer, contenidos en 22 estantes á derecha é izquierda: nótase entre ellos una *Metamorfosis* de Ovidio con imágenes ó pinturas de Fulgencio, iluminador que florecía según datos hacia el 1240.

(a) Traslada á la litografía este bellissimo cuadro la portada del tomo de *Mallorca* correspondiente á los *Recuerdos y Bellezas*.

dad llamó *palmero* al que por voto, devoción ó penitencia visitaba los lugares santos de la Palestina.

Bien hicieron los dominicos de Mallorca en conservar al lado del templo, que simbolizaba la religión, aquellos árboles que recordaban el origen de la misma; mas ahora, derribado el templo, ¿qué dicen al alma cristiana las palmeras que no sea amargura y dolor grande? Así como yacen por tierra las rotas columnas y arcadas, menguó el espíritu de fe y caridad, que es la ventura de la vida presente y lo ha de ser de la otra; y del mismo modo que las explosiones de la pólvora destrozaron aquellos muros sagrados, las artes y las infernales minas de la incredulidad van rompiendo todos los lazos sociales, socavan los cimientos de las naciones, y echan por tierra la sencillez y pureza de las costumbres, el respeto mutuo de unas clases para con otras, la confianza en nuestros semejantes, la fidelidad á los vínculos de la sangre, la paz doméstica, y por triste resultado la pública.

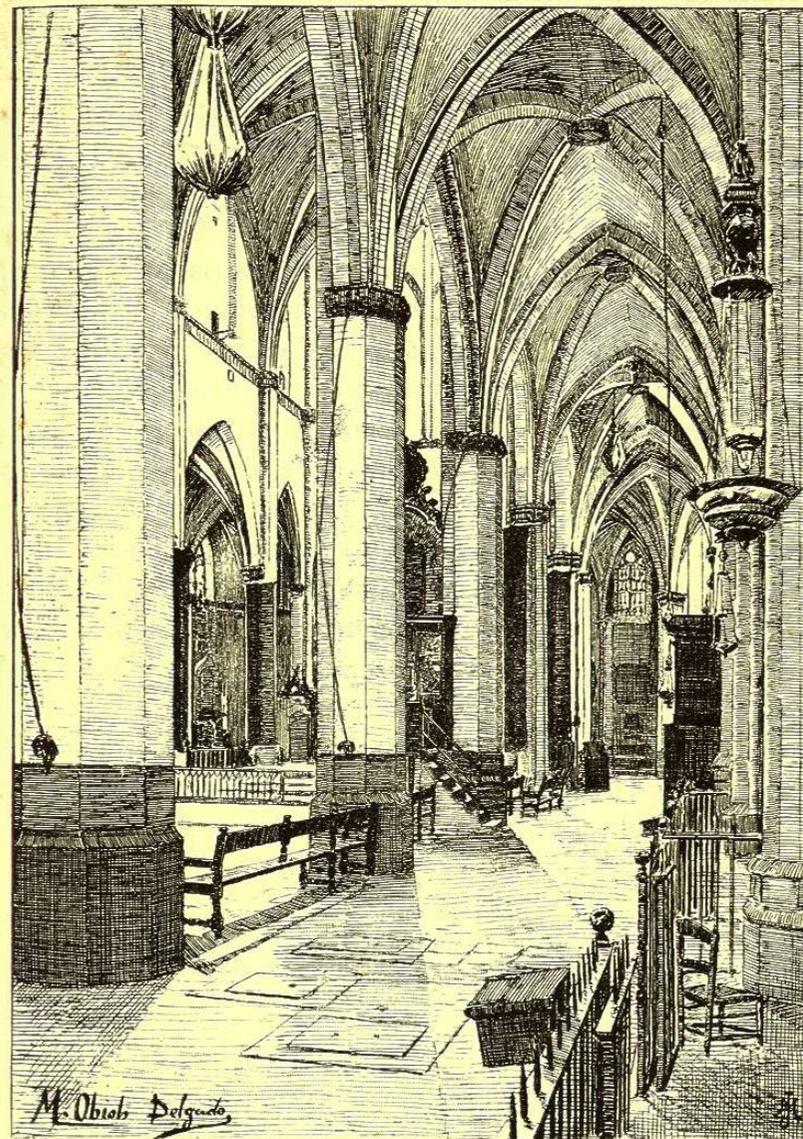
SANTA EULALIA.—Si un rosetón bastante bello, bien que pintorreado de amarillo, no asomara en lo alto de una gran pared, el que cruza la Plaza Nueva mal podría adivinar que aquello es el frontis de la primera iglesia parroquial de Palma: tan mezquino es, y tan encogido lo tienen dos macizos cuerpos modernos, que como principio de torres se levantan á uno y otro lado de la puerta. Mas aunque totalmente desnudo de mérito artístico, cuando se destaca sobre el movimiento que el mercado de la mañana allí y en aquellos alrededores ocasiona, hállase en él un no sé qué de pintoresco, y tanto realce da al fondo del cuadro, que tal vez no se echa menos por un espacio lo que debiera hacerlo adornado y perfecto. Porque en verdad es de ver desde un extremo de la plaza cómo al pie de la iglesia bulle el gentío y ciñe la negruzca masa del edificio cual una faja movable de tintas variadas y armoniosas: unos agrupándose en la plaza misma á la sombra breve de los árboles ó de los toldos, otros casi cubriendo con ellos las lápidas sepulcrales que en la



PALMA.—SANTA EULALIA, PUERTA LATERAL DEL OESTE

calle contigua lleva el muro del templo, y haciendo larga muestra de lo que mantiene la vida junto á la mansión de la muerte (a). Aunque ya casi desterrado en Palma el *rebocillo* ó sólo en uso entre la clase ínfima, aún cruza por entre el concurso y en él domina aquella blanca toca, que, cuando no por honesta y limpia, nos embelesára como resto del traje mujeril de la Edad-media. El ancho chapeo del campesino descuelga sobre la muchedumbre, y la enorme sombra que proyecta la circunferencia de sus alas bien demuestra cuán suficiente abrigo sea contra los rayos del sol aquel tolo de fieltro; si ya el casquete griego no cubre aquella cabellera que en derredor libremente se desparrama. Así en la capital de Mallorca la clase más humilde ha venido á ser la única conservadora del vestir heredado de sus mayores; y ¿á quién no sorprende ver á la miseria misma andar solícita en el aseo del *rebocillo*, mientras tal vez pisa descalza los penetrantes guijarros de las calles? Pero ello es que, merced á la blanca toca que cubre la cabeza y desciende á cubrir el seno, los hombros y la espalda, la misma miseria respira cierto aire de pulcritud y compostura, y los ojos se agradan de ver cubierta y aderezada la parte principal del cuerpo.

(a) Lo que ha perdido en animación el cuadro, desde que se trasladó de la plaza de Santa Eulalia y del costado occidental de la iglesia á la actual plaza Mayor la venta de comestibles, lo ha ganado en sosiego y limpieza el sagrado recinto, y en garantía de conservación la ya gastada arquería trebolada que corre por bajo de una línea de arcos mayores de medio punto, restos del antiguo osario parroquial antes obstruídos por mesas de cortantes. Una de las pocas lápidas remanentes indica que allí se enterraba ya en 1310: *Die martis XXIII mensis novembris anno Dni. MCCCX obiit na Katerina uxor quondam Albertaxii Pelegro argentarii, que in hoc tumulo sui (sic) sepulta.* En otra sin fecha se lee: *Aquest carner es den Marimon Sarovira e de sos areus.* De puro y severo estilo del siglo XIV es la bocelada puerta contigua que realzan sus coetáneas maderas, sobre la cual parece calcada la otra colateral del Este, sin desdeñarse de la unidad los denegridos muros del edificio, perforados de rasgadas ojivas y ceñidos de modillones; y la restauración empezada surtiría cabal efecto, si lograra desembarazar los estribos superiores de los feos tejados intermedios y de las parásitas guardillas en sus ángulos anidadas. En el primitivo plan de Santa Eulalia, como en el de otros templos aislados, no se contó al parecer con sacristía ni con otras dependencias indispensables para el culto y servicio de la parroquia: así que de las mutilaciones posteriores no toda la culpa está en las libertades de los modernos, sino en la imprevisión de los antiguos.



PALMA.—INTERIOR DE SANTA EULALIA

El interior de Santa Eulalia se forma de tres naves: las dos laterales se reúnen detrás del presbiterio, que figura un ábside perfecto, y ofrece aquel bello efecto de perspectiva hijo del agrupamiento de las columnas en semicírculo. Divídenlas veinte y dos pilares, de los cuales sólo van bocelados los dos primeros (a); la misma desnudez que en la catedral, reina en sus paredes; y como estas están blanqueadas, pierden aquel valor y efecto que el color de los siglos comunica á los monumentos. El artífice gótico abrió en ellas altas y numerosas ventanas, que disminuyendo la masa lisa y desnuda hubieran dado más apariencia de ligereza y de ornato á todo el edificio; pero el mismo descuido que tapió el ventanaje en tantos templos de aquella edad, cerró el de Santa Eulalia. Como si esas aberturas no fuesen parte, y tal vez la más esencial, de la idea de la fábrica, los artífices de la restauración no vacilaron en secundar las miras mezquinas de los cabildos, y condenándolas como inútiles, desfiguraron y mutilaron el pensamiento armónico del edificio. Con el esbelto ventanaje los artistas antiguos disimularon la altura de sus bóvedas y llenaron los trozos de pared desnudos; y perforando sus claraboyas en el interior de cada arcada sobre la cornisa ó faja que unía los capiteles, armonizáronlas admirablemente con las mismas ojivas de las bóvedas y con las capillas, que debajo de ellas dobles y agudas se abrían. Aun éstas tuvie-

(a) Los pilares aislados no son sino diez y ocho, diez que dividen las naves á cinco por lado, y ocho que trazan la planta semicircular del ábside: bocelados lo estaban en su mayor parte, antes de que el desdichado blanqueo lo invadiera todo en el pasado siglo, y la restauración actual no hará más que restituirles las graciosas estriás que emplastó la ignorancia. En buen punto los feligreses con el digno párroco á su cabeza emprenden, á la vez que repicar las gentiles bóvedas, destapiar el ventanaje ojival, no sólo de las capillas por más que lo cubran hasta muy arriba los barrocos retablos, sino de la nave principal, generalizando bajo un plan inteligente los ensayos más ó menos plausibles, hechos de algún tiempo acá en poner pintadas vidrieras. El ábside, que ganó quizá en lucimiento con la traslación del coro á espaldas del presbiterio á mediados de la postrer centuria, y cuyo efecto no estorba al menos el fantástico aunque disonante retablo, churrigueresco engendro del fecundo lego dominico fray Alberto Burguny, no tendrá competidor, una vez armonizada la luz de los ajimeces superiores con la de las capillas del hemicíclo.

ron sus ventanas, que también entraban en el plan del arquitecto; y cuando la simetría de su distribución no lo indicara, bastante lo atestigua aquella profunda previsión del Arte cristiano en ponerles vidrieras pintadas: de este modo la luz, que á ser blancos los vidrios inundara viva y de lleno el templo y destruyera toda su impresión religiosa, entraba por tantas aberturas mística y templada; y causando aquel misterioso vislumbre que convida á la contemplación y al recogimiento, no privaba al arquitecto de vaciar los muros y labrar aéreos sus edificios. Es con todo Santa Eulalia un templo gótico muy notable, ya que no por su riqueza, por la armonía de sus proporciones.

Junto á la puerta que mira á oriente, hay una imagen antigua de Jesucristo sobre madera; y á la derecha del ingreso principal, la primera capilla conserva un retablo de la decadencia gótica. Casi plano, sírvele de base una línea de pequeños bustos de santos; y sobre ella cinco cordones ó columnitas boceladas en espiral forman cuatro comparticiones, en que se ven pintadas las imágenes de Santa Bárbara, Santa Apolonia, Santa Lucía y San Blas. Acompañan á este retablo dos escudos colgados de lo alto de la pared, ofrenda tal vez de los fundadores de la capilla; y el uno de ellos, que lleva un lebril de oro en campo de gules, es sin disputa el más vistoso aún de los que la catedral contiene (a).

La piedad de los conquistadores, y quizás especialmente de los catalanes insignes devotos de la virgen mártir barcelonesa, erigió este templo parroquial con tanto celo, que ya en el libro del Repartimiento, reducido á escritura pública en 1232, se le menciona al enumerar las casas que cupieron al rey fuera de

(a) Pertenece esta capilla á la ilustre familia de Catlar, cuyo progenitor Pedro por su testamento en 1414 destinó para construirla cien libras y de sesenta á ochenta para un bello y noble retablo, en cuyo centro se pusiera la imagen de Santa Práxedes con las de San Blas y Santa Lucía y la de San Juan Evangelista, la cual y la principal vemos, no sé con qué motivo, sustituidas por otras. Obsérvase que las capillas de la nave de la epístola andaban en retraso respecto de las de la nave del evangelio, cuya última capilla, colateral á la de Catlar, tomaban los carpinteros á su cargo ya en 1365, como se dirá en la siguiente nota.